



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
PROGRAMA DE MAESTRÍA Y DOCTORADO EN ARQUITECTURA
CAMPO DE CONOCIMIENTO: DISEÑO ARQUITECTÓNICO

TÍTULO DEL TRABAJO
LA ALAMEDA PORFIRIO DÍAZ DE MONTERREY, NUEVO LEÓN

TESIS QUE PARA OPTAR POR EL GRADO DE
MAESTRA EN ARQUITECTURA
PRESENTA

BERTA ESPERANZA TELLO PEÓN

TUTORA

DRA. DIANA RAMIRO ESTEBAN
FACULTAD DE ARQUITECTURA.

SINODALES

DR. LUIS ARNAL SIMÓN
FACULTAD DE ARQUITECTURA

DR. GABRIEL MÉRIGO BASURTO
FACULTAD DE ARQUITECTURA

MTRO. ALEJANDRO CABEZA PÉREZ
FACULTAD DE ARQUITECTURA

DRA. GEMMA LUZ SYLVIA VERDUZCO CHIRINO
FACULTAD DE ARQUITECTURA

Ciudad Universitaria, Ciudad de México, diciembre de 2018



Universidad Nacional
Autónoma de México



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

índice

Introducción	3
Antecedentes.....	5
Trazo de la alameda Porfirio Díaz.....	9
Transformación y mejoras.....	15
Entorno y devenir.....	24
Epílogo	29
Archivos	31
Bibliografía	31

Introducción

Las alamedas son una más de las innovaciones del siglo XIX mexicano cuya presencia repercutió en el urbanismo, la arquitectura y la sociedad.

Si bien varias de ellas, entre otras la de la ciudad de México, precursora de todas las demás, nacieron en siglos o años anteriores, en el siglo XIX el paseo tuvo mayores implicaciones como las derivadas de las leyes de Reforma que propiciaron el crecimiento y expansión de las ciudades en la segunda mitad del siglo XIX modificando el entorno que definitivamente estuvo influenciado por la presencia de las alamedas.

Las nuevas zonas de las ciudades, atraen siempre a las personas que tienen capacidad económica para vivir en ellas, que se trasladan a nuevas propiedades cuyos sistemas constructivos, novedades tecnológicas y elementos decorativos, modernos y vanguardistas, ponen de manifiesto su estatus dentro de la sociedad a la que pertenecen. Así la cambiante arquitectura, se usa como símbolo de poder y testifica una vez más, la historia de las formas de vida en un lugar y momento determinados.

Las alamedas decimonónicas conjuntaron en su espacio, un nuevo escenario para la ciudad, punto de encuentro para las familias que hallaron acomodo para turnarse la apropiación del jardín. El paseo, como tal, se propiciaba con los andadores estratégicamente trazados de esquina a esquina, ofreciendo en sus cruces lugares para encontrarse y reencontrarse una y otra vez, deteniéndose ora en la fuente, ora en el kiosco o descansando en las bancas que, bajo la sombra de los árboles se ofrecían como un remanso de paz y tranquilidad para el paseante.

Los preceptos científicos, tan en boga en el siglo XIX, encontraron en las alamedas, un escaparate para el ejercicio que bajo nuevos preceptos, se anunciaba como indispensable para la salud. Desde luego los recientes estudios de botánica, las creaciones e importaciones de nuevas especies de árboles, plantas y flores se dejaron ver en la alameda, contribuyendo al bienestar de la población y al engalanamiento del lugar.

En cuanto a los avances tecnológicos, la luz, a través de las bombillas sostenidas en farolas de hierro fundido y el agua que corría en acequias perimetrales, o jugaba en las fuentes,

anunciaban tácitamente la modernidad del espacio, modernidad a la que se sumaba el mobiliario urbano. Bancas, bebederos, fuentes, kioscos, macetones, esculturas y rejas, fabricados en los materiales más modernos contribuyeron a resaltar la importancia del nuevo lugar.

Así, las alamedas pasaron a ser la mejor escenografía para todo tipo de actividades sociales: desde el cortejo de los jóvenes, debidamente auspiciado o supervisado por los mayores, hasta reuniones políticas y encuentros de proselitismo, sin olvidar las verbenas, kermeses y números musicales albergados en el kiosco; bancas a la sombra para mayores y nanas, infantes corriendo tras las palomas o jugando en las fuentes, parejas que se reúnen para el regreso a casa o bien, la visita de un notable funcionario que convoca a la población.

Con modificaciones, con renovación de servicios acordes al tiempo, perdiendo alguno de sus elementos originales, admitiendo nuevos, las alamedas han marcado hitos dentro de las poblaciones siendo un referente importante y un elemento que proporciona identidad y pertenencia para aquellos que de alguna u otra forma, la han habitado en algún momento de su vida.

La ciudad de Monterrey se fundó en 1765 a escasos metros del río Santa Catalina, y se trazó de acuerdo con Ordenanza de Población de 1573¹. Las primeras construcciones quedaron entonces asentadas entre la iglesia y el propio río que fue el límite natural, con lo que quedaba implícito que el futuro crecimiento de la ciudad sería del oriente hacia el poniente y siempre hacia el norte, tal como sucedió, llegando, en la primera etapa de expansión, hasta donde hoy se ubica la calle Washington, inexistente por aquellos años.

En el plano de 1854 se advierte lo cierto de esta predicción: al oriente se aprecia el primer casco fundacional, lo que actualmente se conoce como Barrio Antiguo, con manzanas perfectamente urbanizadas, mientras que hacia el poniente se distingue la continuación de las calles conservando el trazo ortogonal de la ciudad, e incluso se advierte la distribución del terreno en manzanas, pero todavía ocupadas por parcelas y terrenos sin urbanizar (véase plano 2).

¹ Documento que señala cómo conformar el espacio urbano español en el nuevo mundo, en territorios vacantes, “comenzando por la Plaza Mayor y de allí sacando las calles y caminos principales” y cerca del agua.



Plano 2. Plano de la ciudad de Monterrey, 1854. En las parcelas que se ven fraccionadas, pero aún sin construir más al norte, es dónde se establecerá la nueva alameda.

Fuente: Firma “MR”. Plano de la Ciudad de Monterrey con el proyecto de las obras necesarias para su defensa. Abril 6 de 1854, en Mapoteca Manuel Orozco y Berra (en adelante MMOB), Servicio de Información Agroalimentaria y Pesquera, SAGARPA, colección Orozco y Berra, OYB- 214o.

A partir de las leyes de Reforma, un gran número de ciudades en la República Mexicana experimentaron una fase importante de transformación en el espacio con apertura de calles, cambio de uso en algunas construcciones y demolición de otras y un crecimiento territorial, para muchos el primero desde su fundación, mismo que se consolidó durante el porfiriato cuando la llegada de capitales extranjeros, el deseo de grandeza, la burguesía cercana al poder y los festejos del centenario de la independencia fueron causales del auge de los nuevos espacios,

posibilitando su urbanización, dotándolos de equipamiento urbano y arquitectónico e incluso trocándolos en escaparates de la modernidad de la que el país se vistió al cambio de siglo.

Es en este escenario donde se funda la alameda de Monterrey, que es un ejemplo de la vida de las alamedas que surgieron sobre todo durante la segunda mitad del siglo XIX y los primeros años del XX, proyectos decimonónicos de jardín urbano que por un lado son orgullo ciudadano, escenarios para ensayos tecnológicos y nuevas propuestas urbanas y, por otro, espacios políticos y de poder.

La gran mayoría de las alamedas que surgieron en ese contexto fueron un hito dentro del paisaje urbano, formaron parte del crecimiento de la ciudad y condicionaron el comportamiento social de sus habitantes, tanto por lo agradable del espacio en sí mismo con la presencia de árboles y plantas que modificaron el telón de fondo, como por ser un elemento de vanguardia en la ciudad.

Si bien eran espacios públicos para el disfrute de toda la población, en algunas ciudades, su calidad de novedad lo destinaba a las clases acomodadas que de alguna manera, cedían a los grupos populares horarios y momentos para gozar del espacio sin mezclarse con ellos.

La alameda de Monterrey se incorporó al momento de desarrollo territorial de la ciudad que daba sus primeros pasos hacia la modernidad, como guía para todas las poblaciones del estado de Nuevo León por ser su capital.

Trazo de la alameda Porfirio Díaz

Dentro de la ciudad fundada por Montemayor² hubo, desde el comienzo del siglo XIX, una primera alameda localizada en los terrenos que quedaron entre la ribera del río Santa Lucía y la presa contigua llamada La Purísima, cuya ubicación correspondería en la actualidad a la calle 15 de mayo (antes de la Alameda) y Zuazua. Por relatos sobre la desaparición de la Presa y el entubamiento del río, se puede suponer que se vislumbraba su relativamente pronta desaparición. Otras fuentes³ la ubican más cerca de la Plaza Mayor, entre la Ribera del río Santa Catarina y la hoy calle de Matamoros, de Mina hasta Juárez, y afirman que esa alameda quedó en solares, dejando como único rastro el nombre de la calle, de la Alameda, mismo que tiempo después cambió a calle de La Vieja Alameda, cuando se trazó la Nueva Alameda, por lo mismo así llamada. Lo que sí queda claro es que la primera ocupó un espacio enmarcado de forma natural entre el río y la presa: un predio con álamos y otras plantas que los ciudadanos aprovecharon como paseo, pero que por su ubicación en el corazón de la ciudad estaba llamada a desaparecer, como sucedió, para ceder su lugar al palacio de gobierno y a su plaza que en el siglo XX se vería sobrepuesta por la Macroplaza, dueña y señora del municipio de Monterrey a partir de 1984.

En 1861, por iniciativa del gobernador Santiago Vidaurri y siendo presidente de Monterrey José María Morelos,⁴ fue cuando se acordó el establecimiento de una nueva alameda cuyo trazo estaría basado en el de la alameda de la Ciudad de México.⁵ Para ello se destinaron dieciséis manzanas de diez mil varas cuadradas cada una, que sumaban trescientos ochenta metros por

2 Conquistador español, gobernador del Nuevo Reino de León que fundó el 20 de septiembre de 1596 la ciudad a la que puso el nombre de Monterrey en honor al Conde de Monterrey, virrey de la Nueva España, quien lo ayudó a su llegada a los territorios conquistados.

3 Vizcaya, Los orígenes de la industrialización, 1971.

4 José María Morelos, presidente de Monterrey del 8 de abril de 1860 al 31 de diciembre de 1861.

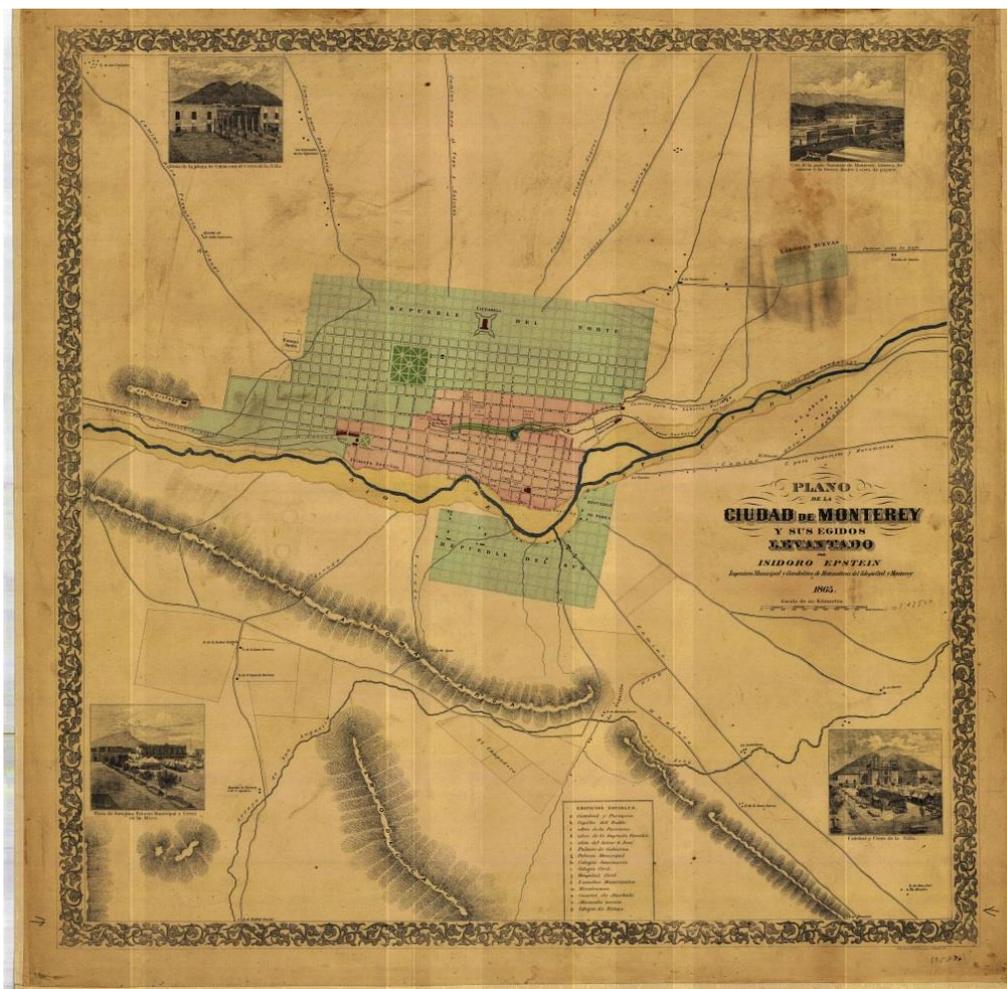
5 La alameda de México no sólo es la más antigua, sino la de la capital, razones suficientes para que la mayoría de las trazadas en el siglo XIX, hayan basado su disposición en ella. Incluso las que no imitaron la disposición de sus calles, siguieron el mismo tipo de distribución, basada en los jardines neoclásicos a partir de Le Notre.

lado, ubicadas en los límites del casco urbano, hacia el norte de la actual calle de Washington⁶ y hasta la calle de Espinosa tal como se ve en el Plano “Ciudad de Monterrey y sus Ejidos”⁷ que Isidoro Epstein⁸ levantó en 1865 (véase plano 3).

6 “Erróneamente se piensa en George Washington, primer presidente de los Estados Unidos de América, pero el nombre oficial de la misma es Juan Washington y se le empezó a llamar así por un panadero muy famoso del siglo xix que tenía su negocio sobre esta calle”. Eduardo Cázares, “Los barrios Monterrey a través de la historia”, *Diario Cultura. Política, Cultura e Historia*, 8 de noviembre de 2011, en <<http://www.diariocultura.mx/2013/02/los-barrios-de-monterrey-a-traves-de-la-historia/>>. [Consulta: 16 septiembre de 2017.]

7 Los informes que elaboró el ingeniero Epstein los dirige al “Muy Ylustre Ayuntamiento del Imperio Mexicano”, pues eran tiempos de la invasión francesa. José P. Saldaña, *Historia y tradiciones*, 1942, pp. 165-168, reproduce un informe al respecto.

8 “El ingeniero alemán Isidoro Epstein es el autor del primer mapa. Egresado de la Universidad de Marburgo, llegó a México en 1851 para desempeñar trabajos de topógrafo, profesor de matemáticas y editor, tanto en Aguascalientes como en el Valle de México y en Zacatecas, de donde vino a Monterrey en 1864 para ocupar el puesto de ingeniero de la ciudad y de profesor de matemáticas y filosofía en el Colegio Civil del estado. Como evidencia de sus oficios, levantó el Plano de la ciudad de Monterrey y sus egidos [sic] en 1865, para lo cual ejecutó previamente el trabajo topográfico, la alineación de calles, plazas y predios, la colocación de los nombres en las calles y la numeración de los predios para facilitar la identificación de los mismos”. Véase Flores, “La modernidad en dos”, 2015, p. 28.



Plano 3. Plano de la ciudad de Monterrey, 1865. En el plano aparece la alameda por primera vez, con su trazo original que ocupaba 16 manzanas.

Fuente: Isidoro Epstein. Plano de la Ciudad de Monterrey y sus egidos levantado por Isidoro Epstein Ingeniero Municipal y Catedrático de Matemáticas del Colegio Civil y Monterrey 1865. Litografía, 1865, en MMOB, Servicio de Información Agroalimentaria y Pesquera, SAGARPA, colección Orozco y Berra, OYB-2137.

En este plano, el territorio ocupado por la ciudad fundacional, el área más clara en el plano (color rosa en el original) se conserva como aparece en el plano de 1854, mientras que el área de los ejidos en ese mismo plano, más oscura sobre la imagen (verde en el plano original) se ve ahora urbanizada, de acuerdo a lo previsto con el pronóstico de crecimiento.

En la zona del norte, aparece la Alameda Nueva por primera vez, destacando entre el territorio recién urbanizado y ocupando las dieciséis manzanas destinadas para ella, mismas que se pueden identificar ya desde el plano anterior si se revisa su ubicación con respecto a la Ciudadela. En la esquina nororiente del terreno que ocuparía la alameda existían construcciones, propiedad de particulares, que pidieron ser indemnizados a cambio de ceder su propiedad para el establecimiento de la Nueva Alameda. Las solicitudes fueron analizadas, discutidas, sancionadas y aprobadas por acuerdo del Ayuntamiento y de la Tesorería Municipal.

El trazo en ese momento era tan grande como el viejo casco de la ciudad; más delineado en trazos sobre papel que en el lugar mismo. Las manzanas adyacentes a la nueva alameda estaban para entonces despobladas. En el plano se aprecia el trazo sobre el nuevo espacio público, que se representa en una superficie cuadrada con las calles y avenidas perpendiculares y diagonales que confluyen en glorietas, como se utilizaba en dichos paseos decimonónicos.

Considero que el trazo lo hizo el mismo Epstein, ya que llegó a Monterrey para ocupar el puesto de ingeniero de la ciudad y además, la proporción, el tamaño y la disposición de las calles, avenidas y glorietas que actualmente tiene la alameda, coinciden perfectamente con las trazadas en su plano en el que la superficie de la alameda se dividía por dos calles que corrían de norte a sur y de oriente a poniente respectivamente, lo que resultaba en cuatro cuadrantes de igual tamaño, a su vez subdivididos en cuatro cuadrados iguales; cada uno de estos últimos repetían el trazo de dos calles, de norte a sur y de oriente a poniente, con lo que la superficie total quedaba subdividida en diez y seis cuadrantes iguales que correspondían a las diez y seis manzanas del terreno cedido para el trazo del jardín.

En el punto central donde se cruzaban las perpendiculares mayores, se formaba una rotonda donde a partir de 1892 se ubicó un kiosco. Para completar el trazo de las calles internas, sobre cada uno de los cuadrantes secundarios se trazó una división a partir de dos líneas oblicuas que cruzaban la superficie a manera de “equis” dando como resultado treinta y dos superficies

triangulares que albergaron la flora de la alameda. En el punto de intersección de las calles perpendiculares y oblicuas de cada cuadrante, se formaban asimismo sendas rotondas que a lo largo del tiempo fueron ocupadas por diferentes objetos decorativos. Finalmente, en los puntos medios de las aceras circundantes, también hubo espacio para colocar un elemento decorativo o utilitario que adornara el entorno o complementara los servicios para el paseante.

La ubicación de la alameda formó parte del discurso de modernidad que se transmitía a los pobladores: la ocupación de los terrenos en urbanización en crecimiento hablaba de sumarse a las reformas recién promulgadas y apenas poniéndose en práctica.

En el mencionado plano de 1865, la nueva alameda ocupa terrenos en la zona no urbanizada, aún a pesar de que en el plano se ve el trazo de las manzanas, lo que haría pensar en la pronta ocupación y expansión de la ciudad hacia aquellos rumbos. Sin embargo, en el plano de 1901 y contrario a lo que se esperaría, hacia el norte y poniente de la alameda, no se presentó continuación en el desarrollo de la ciudad, mientras que hacia el centro norte sucedió lo opuesto, gracias al programa de repoblamiento del norte que se ve reflejado en la urbanización del territorio justo hasta la vía del Ferrocarril Nacional Mexicano que como la barrera física que detenía el crecimiento urbano.

Los árboles sembrados fueron un nuevo fondo para la ciudad y un motivo para invitar a sus habitantes a apropiarse de ese espacio que llamaba a convivir con la flora, a ejercitarse bajo los preceptos científicos introducidos en el siglo XIX y especialmente a tener un lugar de encuentro social que era primordial entre la población. Entonces se plantaron en la alameda álamos, fresnos y sauces, especies que propician las sombras y el microclima adecuado para desarrollar esas actividades.

Pasado el momento de la novedad, la alameda entró en un largo periodo de letargo, casi catorce años, en que fue relegada por los administradores municipales que olvidaron los programas de forestación, dejando que el parque se cubriera con plantas silvestres entre las que quedaron algunos lugares de descanso sin relación de conjunto. Podría pensarse que existía cierto temor a lo desconocido, o bien que se viera todavía muy alejada del centro o simplemente, porque el país vivía momentos difíciles: intervención francesa, problemas del

triunfo republicano, la revolución de Tuxtepec, de efervescencia política, que restaban atención a la nueva alameda.

Sin embargo, a partir de 1879 recibió una nueva inyección de vida y adquirió la fisonomía de una verdadera alameda. En el invierno de 1880 a 1881 se plantaron en ella 486 árboles entre álamos, fresnos, sabinos y sauces: “Había temporadas en que se ponía de moda plantar árboles, pero nuevas administraciones, partidarias de la deforestación, hacían perder todo lo que se había logrado anteriormente [...]”.⁹

⁹ Vizcaya, Los orígenes de la industrialización, 1971, p. 52.

Transformación y mejoras

Con la política de engrandecimiento del porfiriato, resurgió la Nueva Alameda formando parte de los proyectos político y urbano que fueron prioritarios para el gobierno de Bernardo Reyes. Sin embargo, el mismo Reyes dispuso despojarla de la mitad de su superficie, arguyendo que su tamaño era inmenso y que el descanso y solaz que los ciudadanos buscaban en ella, podían continuar con la mitad de la extensión. Así fue que la alameda se partió en dos adquiriendo la forma rectangular como la de la Ciudad de México. Los terrenos de la mitad norte, divididos en dos predios iguales de cuatro manzanas cada uno, quedaron separados por una calle, entonces llamada de la Alameda Nueva y hoy conocida como Amado Nervo, y fueron destinados, el del oriente para la construcción de la nueva penitenciaría y el del poniente para venta a particulares subdividido a su vez en lotes propios para la construcción de casas y así obtener recursos para “gastos del Ayuntamiento” mismos que se destinaron a la construcción de la penitenciaría que por voluntad del gobernador, aún con la opinión desfavorable de la Junta de Mejoras, se inició en 1887:

Se podría objetar diciendo que esa Alameda será, tarde o temprano, un lugar de recreo para los habitantes de la ciudad, y que por lo mismo deberá dejarse para el objeto que fue destinado. El Gobierno no ha desdeñado ni por un instante esa circunstancia desde que se fijó en aquel local, pero tomó desde luego en consideración que dicho local tiene una relativamente inmensa extensión, pues cuenta con un perímetro de diez y seis manzanas de diez mil varas cuadradas cada una, y por consiguiente sobre ahí terreno para que se acabe de formar el paseo de que se trata, y para que se erija la penitenciaría en proyecto.¹⁰

A partir de entonces y para confirmar su buena disposición, Reyes decidió otorgar al jardín la distinción correspondiente, por lo que desde el 19 de noviembre de 1888 y por decisión del Ayuntamiento de Monterrey, a la Alameda Nueva se le puso el nombre de Alameda Porfirio Díaz, mandándose colocar la placa con la inscripción correspondiente.¹¹

La voluntad política definió entonces el diseño de la alameda en perjuicio de sus dimensiones, pero a cambio recibió la atención que desde su fundación no se le había dado: su perímetro se

¹⁰ Memoria del gobierno, 1887, p. 234.

¹¹ *Memoria del Ayuntamiento*, 1888.

trazó perfectamente definido de la calle de Villagrán a la de Progreso (Pino Suárez) en el sentido de oriente a poniente, y de Arramberi a Washington (que se trazó y prolongó desde 1865) en el sentido norte sur, como se conserva hasta la actualidad. A partir de entonces formó parte del programa anual de equipamiento, conservación y mejoras de los respectivos alcaldes de la ciudad (véase plano 4).



Plano 4. Alameda de Monterrey y su entorno urbano en 1901.

1 Alameda, 2 Kiosco, 3 Fuentes, 4 Arcos, 5 Penitenciaría

— Línea de tranvía

Fuentes: Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática (INEGI), mapa Digital de México, 2012; Plano de la Ciudad de Monterrey, capital del estado de Nuevo León, México, 1901. Dedicado al señor gobernador del Estado licenciado Pedro Benítez Leal, en AGENL (en adelante Archivo General del Estado de Nuevo León), núm. 13-11-III(A).

En 1891, se colocaron pavimentos de cemento Portland para el rededor de zoclos y fuentes, se trabajó constantemente en el trasplante de árboles, se sembró zacate inglés y se construyeron arriates. Lo más importante de ese periodo fue “la colocación de dos hermosas fuentes de fierro colado, manufactura americana que importaron cerca de dos mil pesos”¹² que no sólo aumentaron el inventario de mobiliario urbano, sino que destacaron por el lenguaje de modernidad implícito en su material y tecnología y su diseño correspondiente al romanticismo de la época.

Las fuentes vinieron de la casa J. L. MOTT IRON WORKS, N.Y., famosa fundidora de la época no sólo por sus objetos ornamentales y utilitarios como fuentes, macetones, bancas y farolas, sino también por la enorme producción de modernos muebles de baño y bebederos con la que surtió a los países americanos.

Las mencionadas fuentes aparecen en el catálogo de 1905 de la casa Mott bajo el nombre de plato octagonal con gárgola con grupo de Lily. Las gárgolas están en las cabezas de carnero que cubren las aristas donde se juntan las piezas que forman el octágono y en cuyo hocico se aloja el tubo por el que pasan los chorros del plato superior al inferior a ras del suelo. El plato superior se apoya sobre un cuerpo piramidal cilíndrico decorado con un relieve de hojas de acanto sostenido a su vez, sobre una base piramidal de cuatro caras, coronada por un dado (véase imagen 1).

12 Informe del alcalde doctor Guillermo Sepúlveda, 1891, citado en Garza, *La Alameda*, un sueño, 1987, p. 38.



Fuente: Imagen 1. Fuente de la casa J. L. Mott que surtió las dos fuentes que se pusieron en la alameda de Monterrey. El cuerpo bajo es el que permanece aún.

Fountain Gargoyle Octagon Pan, with Lily Group, Fountains, en *Section 1, Catalogue*, 1905, lámina 316-H.

Originalmente las fuentes tenían un último cuerpo con base y plato más pequeño que se elevaba sobre el de los carneros. Si bien el de la imagen tiene un grupo de Lily, hay noticias de que el de la alameda tenía un ave, lo cual es muy probable ya que en la casa Mott existía el cuerpo con esa figura y, como el catálogo ofrecía todas las piezas, el cliente tenía la posibilidad de ordenar las combinaciones que deseara. En la actualidad este último cuerpo no existe, así como tampoco las dos fuentes. Queda una sola que fue cambiada de ubicación (actualmente al centro del costado de la alameda sobre Villagrán) y que hoy en día se aprecia bajo tantas capas de pintura como voluntades administrativas se han ocupado de ella (véase imagen 2).



Imagen 2. Fuente octagonal con gárgolas que permanece aún en la Alameda de Monterrey. En la fotografía aparece en su ubicación actual sobre el costado poniente de la alameda en la calle de Villagrán. Fuente: fotografía de Berta Tello Peón, 21 de enero de 2017, colección particular de la autora.

En 1892 se registra la pavimentación especialmente nivelada y consolidada para el paseo de coches, lo cual se traduce en la continuación de su reconocimiento como espacio de importancia dentro de la ciudad ya que el paseo de coches era la máxima aspiración de modernidad para la sociedad burguesa, como se ejemplifica con la presentación del primer automóvil en Monterrey, propiedad de Emilio Dysterud, que tuvo lugar en 1906, a la que asistieron cerca de mil personas.¹³

En ese mismo año, como para soslayar alguna duda, si la hubiera, de la importancia definitiva de la Alameda Porfirio Díaz como el espacio público por excelencia, “se construyó en la plazuela central del mismo sitio, un elegante kiosco, manufactura de la casa de los señores Price, el que importó a la ciudad la cantidad de 2 400 pesos. También se colocaron en toda la

¹³ Alvarado, Lara, Garza y Velázquez, *Historias de nuestros barrios*, 1995, p. 16.

extensión de la misma alameda, 200 bancos nuevos de fierro y madera, construidos por la referida casa, por el precio de 2 000 pesos” (véase imagen 3).



Imagen 3. Kiosco en la alameda de Monterrey. Se aprecia el diseño sobre el basamento con la doble escalinata. Las columnas metálicas y las ménsulas que bajan la carga de la cubierta, tocándose en un punto central con lo que parece que en cada tramo hubiera un arco, son un símbolo de la modernidad tecnológica del momento.

Fuente: autor no identificado. Kiosco en la alameda Porfirio Díaz, ca. 1910, Monterrey, Nuevo León, México, en Fototeca Nacional del INAH/SINAFO/CONACULTA, Fondo Archivo General del Estado de Nuevo León, núm. agen1569.

En 1896 llegó el Café Centro Alameda que engalanó el lugar al volverse centro de encuentro de moda para la clase burguesa (véase imagen 4).

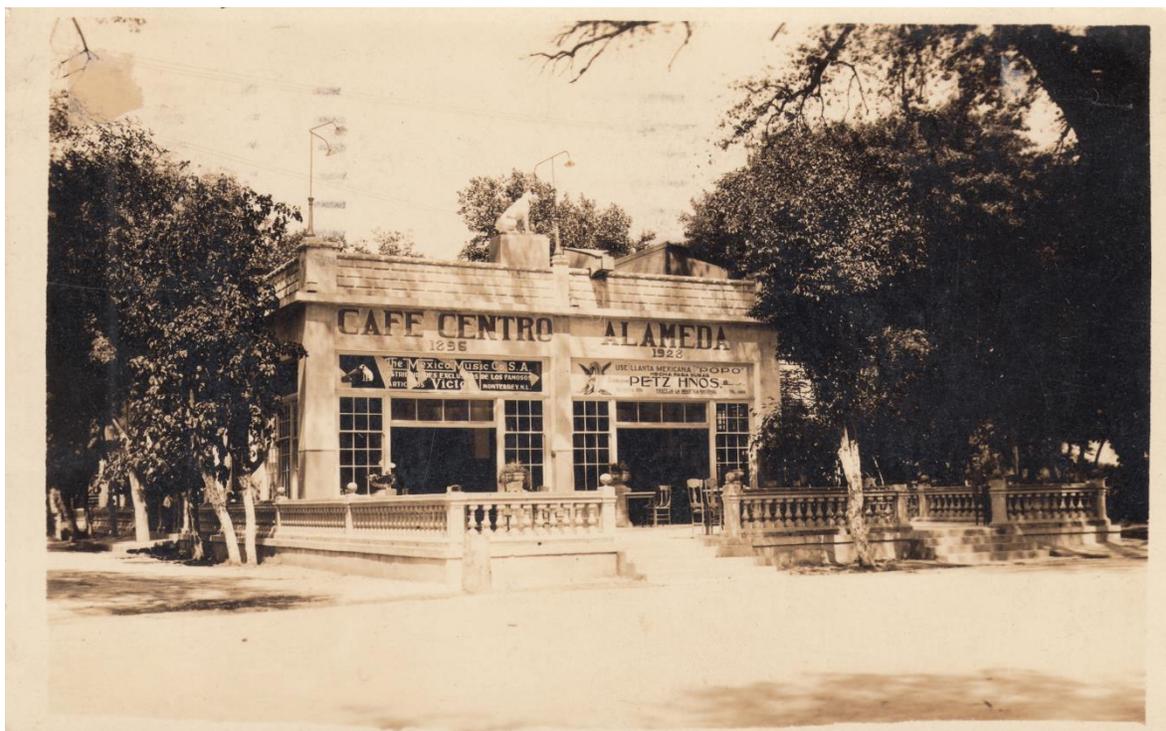


Imagen 4. Café Centro Alameda que estuvo en la alameda de Monterrey desde 1896.

Fuente: Autor no identificado. Café Alameda en Mariano Escobedo, ca. 1920, Monterrey, Nuevo León, México, en en Fototeca Nacional del INAH/SINAFO/CONACULTA, Fondo Archivo General del Estado de Nuevo León, núm. agen11205.

El hincapié que se hace en el reporte sobre los materiales y los costos de los objetos mencionados, forma parte del discurso de modernidad, a la vez de que se convierte en una abierta invitación a la sociedad para apropiarse de un espacio ya equipado con elementos de confort para la reunión y el encuentro.

Así mismo, al tratarse de un espacio cuya característica definitoria es ser un jardín y por lo tanto albergar árboles y plantas, se continuó con el programa permanente de plantación de árboles y se construyeron puentes sobre las acequias donde corría el agua para su regadío como

consta en varios informes del Ayuntamiento que devienen en testimonio de lo que pasaba en la alameda:

[...] en la Alameda Porfirio Díaz mensualmente se cuida de que se hiciera la limpieza de la gran pila o estanque de aves. Igual aseo se tuvo por lo que respecta a las acequias que en ella corren y que sirven para la conducción de agua de riego; se repararon indistintamente las varias fuentes que le sirven de ornato y se repuso la tierra vegetal de sus diversos jardines, haciéndose en los andadores de la propia alameda las recomposiciones que exigió el pavimento de ladrillo correspondiente.¹⁴

La Alameda Porfirio Díaz se consolidó en su vocación de paseo y lugar de encuentro cuya categoría se acreditaba con la presencia de la tecnología y los ornamentos de última moda, como consta en las fotografías que se guardan en el archivo del Ayuntamiento de Monterrey y que muestran a los regiomontanos disfrutando de ese paseo en distintas épocas, y como también lo confirma el hecho de que dentro de la apretada agenda del presidente Díaz se haya programado su visita a la alameda la noche del 19 de noviembre de 1898, durante su única estancia oficial en la ciudad de Monterrey:

La muchedumbre que esperaba ansiosamente, se movió como gigantesca serpiente. Salía de su letargo de dos horas, y olvidaba el cansancio. Se acercaba el momento de ver al Gral. don Porfirio Díaz.

Eran las tres de la tarde cuando el tren, arrogante, triunfal, avanzaba parsimoniosamente frente a la estación del Golfo. La máquina, resoplando como león cansado, fue disminuyendo la velocidad hasta detenerse obligando a los carros a la quietud, después de originar chirridos destemplados.

En uno de los estribos del pulman apareció el General Díaz. Erguido, cabeza y bigotes blancos, ojos oscuros, vestido de militar, constelado el pecho de medallas y condecoraciones, daba la impresión de una estampa heroica, algo familiar, pero poco vista al natural.

Mientras el Himno Nacional imponía sus notas musicales, y los cañones saludaban al Primer magistrado con 21 salvas, él, firme, sereno, seguramente conmovido, permanecía en el mismo lugar.¹⁵

¹⁴ Informe del Ayuntamiento de Monterrey, 1906, en Archivo Histórico de Monterrey (en adelante ahm), Ramo Ornatos y Jardines.

¹⁵ Saldaña, *El Gral. Don*, 1970, p. 418.

Para celebrar la estancia de Díaz en la ciudad de Monterrey se preparó un programa de fiestas, que por supuesto incluyó a la alameda como uno de sus escenarios principales. Una de las noches se organizó un paseo por el jardín que, al parecer, no tuvo demasiado éxito.

Una o dos veces al año en la Alameda se realizaban ‘jamaicas’. En España se les llama romerías o verbenas y en los Estados Unidos del Norte, kermesses, cuyo origen procede de los Países Bajos. Se aprovechaba un día de la primavera o del otoño, respetando el verano y el invierno, que no son muy amigos de los saraos al aire libre. Como el festival organizado en honor del General Díaz, debía efectuarse en pleno mes de diciembre, cuando el invierno suele presentarse con todo rigor, es muy aventurado cualquier evento de esta naturaleza. No había ni hielo, nieve, ni siquiera esa menuda llovizna que le llaman ‘chipi-chipi’; pero hacía frío, lo suficiente para invitar a la gente a quedarse en casa. Cuando los coches en que se acomodaron los ilustres visitantes hicieron su entrada a la Alameda, una concurrencia, calificada justamente de escasa, irrumpió en vivas y palmoteos, lanzando flores, confetti y serpentinas. El frío congelaba el entusiasmo, y lo que en otras ocasiones climatéricas pudo ser noche de esplendor, se redujo a tres vueltas de los coches por la calzada que circunda la alameda. La banda de música tocaba lo mejor de su repertorio, tratando de distraer a la concurrencia para que se olvidara del frío. Pero el aire se encargaba de recordar que era noche de invierno. Con la salida de los coches la concurrencia abandonó la alameda lamentando no hubiera el lucimiento que se esperaba.¹⁶

Para las fiestas del centenario de la independencia se retomó el cuidado en sembrado y reposición de plantas y árboles, pavimentos y zoclos, y múltiples acciones de remozamiento de la alameda.

En 1909 hay que destacar la construcción, en las cuatro esquinas de la Alameda de sendos arcos conmemorativos que aún permanecen, así como el establecimiento por vez primera, de estacionamiento de coches de sitio y particulares que los señores Dionisio Zavala y Pedro R. Martínez, como presidente y secretario respectivamente, de la Sociedad Mutualista de Conductores de coches “Monterrey” solicitaron desde mayo de 1910.¹⁷

¹⁶ *Ibid.*, p. 421.

¹⁷ Actas de Cabildo, mayo de 1910, en ahm, Fondo Monterrey Contemporáneo, Sección Actas, Colección Actas de Cabildo, vol. 999, exp. 1910/039.

Entorno y devenir

La ubicación de los terrenos que ocupó la nueva alameda no marcó la dirección del crecimiento de la ciudad, ya que este estaba orientado hacia el norte y el poniente dado que el río Santa Catarina limitaba el cuadro fundacional por el sur y el oriente. Hubo algunas casas de la burguesía que se establecieron en el entorno de la alameda como sucedió generalmente en los espacios urbanos ocupados por los nuevos paseos; sin embargo, el lugar no llegó a consolidarse como referencia de la clase burguesa debido a la división que sufrió la alameda y, con ello, las pocas construcciones que se habían establecido en el lado norte quedaron fuera del perímetro del jardín, pasando a formar parte de otro contexto. Aún con la pérdida de la mitad del terreno, se hubiera conservado la vocación del espacio burgués de no ser por el establecimiento de la nueva penitenciaría lo que, sin duda, restaba prestigio a la zona. Fue así que solamente las casas que se construyeron sobre el costado sur y algunas en el poniente permanecieron, y permanecen aún como símbolo de lo que pudo haber sido un lugar de gran categoría. Por otro lado, el crecimiento de la ciudad hacia el barrio del Obispado atrajo hacia ese rumbo a la población adinerada, y fue ahí donde se construyeron las casas de la burguesía cercana al poder, como se puede observar aun hoy al circular por las calles con rumbo al cerro.

Noticias de las memorias del Ayuntamiento e informes de los alcaldes en diferentes etapas son el testimonio de que el espacio público de la alameda, una vez pasados los pasivos primeros años de su existencia, ha sido siempre un organismo vivo, en constante renovación, ora sumando, ora restando infraestructura de acuerdo a las necesidades y comportamiento de sus usuarios, pero siempre formando parte de la cotidianeidad de los habitantes de la ciudad a la que pertenece:

[...] recuerdo en la alameda, momentos felices de mi niñez, en días soleados, llenos de algarabía, todo era maravilloso e interesante, los altos arcos en las esquinas más hacia afuera de donde se encuentran actualmente, los majestuosos árboles de grandes troncos con altos y enormes follajes, el trino de los pájaros, los cisnes en el estanque, los venados, patos, guacamayas, pericos y hasta un mono llamado 'Pancho' que ahí vivían, los fotógrafos con sus caballitos de madera, los columpios, resbaladeros y el sube y baja, los caballitos que con su música cilindrera me embelecían, el bullicio,

risas y gritos de tanta gente, los vendedores de golosinas y sobre todo de las charamuscas con que la abuela nos premiaba al salir de su trabajo del gran ‘Café Alameda’, la aristocracia de aquel tiempo acostumbraba los domingos dar vueltas en sus flamantes coches y automóviles en lo que hoy forma la banqueta de la Alameda, se hacían desfiles de carros alegóricos. Las bancas jardineras exteriores eran de fierro en sus soportes y de tiras de madera en sus asientos y respaldos. La alameda contaba con un trenecito en miniatura que daba la vuelta entre jardines y acequias. Tenía un quiosco octagonal con base de piedra negra del topo chico, que servía de almacén para los aperos de jardinería y los atriles de la banda del estado que tocaba los domingos a medio día. Las columnas del quisco eran de hierro [...] y techo de lámina de techo francés. En la esquina sureste [...] había un patinadero en el área de juegos, un tiovivo con caballitos de madera que daba vueltas con una manivela manual — accionada por un viejecita que ahí mismo vivía.¹⁸

Sin perder de vista los límites a los que fue reducida en 1887, la fisonomía de la alameda ha ido cambiando en las diferentes etapas de su existencia, en parte por la mayor o menor consideración que ha despertado en los ayuntamientos en turno, en parte por los programas y presupuestos administrativos y desde luego, como consecuencia del crecimiento y desarrollo de la ciudad. Sin embargo, la distribución de sus calles y avenidas internas se ha mantenido con su trazo original. Con la pérdida de la mitad del lado norte de su superficie, la forma del jardín pasó de un cuadrado a un rectángulo, conservando los trescientos ochenta metros para su lado mayor, de oriente a poniente y quedando ciento noventa metros para su lado menor sobre las calles de Villagrán y Pino Suárez. Las calles interiores de los dos cuadrantes que a partir de entonces forman la alameda conservaron su trazo y el cambio significativo fue mover el kiosco¹⁹ al, desde entonces, cruce de las calles perpendiculares.

A lo largo del siglo XX se poblaron los once municipios que hoy conforman la capital neolonesa, rodeando al original Monterrey que si bien es la cabecera de la zona metropolitana, se identifica como el centro histórico, en referencia a su importancia en el pasado, mientras que la modernidad y los nuevos espacios públicos se albergan en colonias de reciente creación que hoy día son los que dictan el status y preferencias de los grupos sociales; “[...] las clases

18 Guajardo, *Relatos y recuerdos*, 2004, pp. 142-143.

19 En la alameda original estuvo el kiosco. A lo largo de los años ha ido y venido. En la remodelación de 2010 se colocó otra vez en el lugar central un kiosco que buscaba ser igual al original.

medias y altas contaban con nuevos espacios donde acudir los fines de semana, los cuales representaban la modernidad, mientras la Alameda quedaba en el ‘atraso’, lo ‘rural’ y ‘popular’ el gusto de pasear a pie se comenzó a considerar pueblerino”.²⁰

Como en cualquier historia, hay acciones que marcan el devenir del sujeto, en este caso de la alameda que una vez iniciada la revolución deja de llamarse Porfirio Díaz para tomar el nombre del general neoleonés Mariano Escobedo, nombre que ostenta hasta la actualidad, como se señala en las cartelas que se sobrepusieron a los arcos en las esquinas, mientras que otras no destacan en la rutina diaria, pero se advierten al recuento de los días.

La poda y reposición de árboles y plantas ha sido una constante en la historia del paseo, igual que el cuidado en su riego o en la recolección de basura, la reposición de pavimento y de luminarias; en cambio, atractivos como la exhibición de animales, el estanque de patos, las audiciones musicales y los juegos infantiles, que se introdujeron en la década de los años veinte, fueron marcando nuevos usos y costumbres para los usuarios de la alameda (véase imagen 5).

20 Díaz, Migración indígena, 2009, p. 64.



Imagen 5. Vista del estanque de patos en la alameda de Monterrey

Fuente: Autor no identificado, Alameda Porfirio Díaz, c. 1910, Monterrey, Nuevo León, México, en Fototeca Nacional del INAH/SINAFO/CONACULTA, Fondo Archivo General del Estado de Nuevo León, núm. agen1565.

Lo mismo sucedió con la inserción de un jardín de niños en los años cuarenta, que atrajo a nuevos grupos pero que desapareció al cabo del tiempo y el Café centro Alameda. En cambio, aparecieron nuevos objetos atractivos para los paseantes, como la fuente de Cri Cri, en honor a Francisco Gabilondo Soler, el pequeño zoológico, que no duró más de treinta años pero que sin embargo se compensó con la instalación, en los años ochenta, de juegos mecánicos que tuvieron gran aceptación. Desaparecidos más tarde.

En los años cuarenta la alameda experimentó un repunte cuando la penitenciaría estatal se mudó de lugar. En 1963, se perdió el kiosco y con él historias, encuentros y comportamientos dentro de la plazoleta central de la alameda, que se trató de recuperar con un teatro al aire libre, lo que fue una invitación para que los habitantes, que ya en la crecida ciudad de la segunda mitad del siglo XX no eran asiduos a la Alameda, incursionaran con sus visitas en la apropiación del espacio que insistía con su transformación y oferta en seguir siendo propiedad de todos los regiomontanos.

En 1984 el jardín tuvo otro momento de pérdida con la inauguración de la Macroplaza, sin embargo no perdió su vigencia en la vida cotidiana de los diferentes grupos sociales; incluso cuando, a partir de la década de los noventa del siglo pasado, las plazas comerciales tomaron el papel de núcleos urbanos y de paseos, la Alameda Mariano Escobedo continuó formando parte de la rutina diaria en horarios congruentes con la población cercana: en las primeras horas del día, andantes y corredores ejercitándose; en las horas de la mañana, amas de casa o empleadas domésticas haciendo un paréntesis en su camino a la compra o diligencias diversas, para charlar en ese espacio de paz, igual que adultos mayores teniendo un corte a las horas de su largo día, bajo un poco de sol, alimentando a las aves o comentando las nuevas del periódico con otros visitantes asiduos. Algunos adolescentes, como en cualquier plaza o paseo, tomándose la mañana fuera de la escuela para perderse entre las avenidas y la vegetación de la alameda mientras intercambian risas y arrumacos hasta la “hora de la salida”, dejando entonces el lugar a un enorme número de empleados y trabajadores de la zona, que en su tiempo de comida descansan e incluso toman siestas en los jardines del parque del que para entonces se han apropiado.

Epílogo

Monterrey, por su población, es la tercera ciudad en importancia dentro de nuestro país y, por su extensión territorial, la segunda, pero por sus industrias y su desarrollo económico es la primera, lo cual se refleja en su expansión urbana y en los diferentes espacios de esparcimiento y recreación que tiene: múltiples plazas que ya existían desde finales del siglo XIX, a las que se suman los parques y jardines creados en el siglo XX, además de la Macroplaza y las múltiples plazas comerciales que se aprecian como lugar de encuentro, sobre todo entre la población joven. En este contexto, los usuarios que antaño ocuparon la Alameda Mariano Escobedo han tomado otros rumbos para dejar el espacio a nuevos usuarios que, carentes de arraigo por su calidad de forasteros, se han apropiado del espacio disfrutando de su paz y tranquilidad no obstante su entorno bullicioso y transitado, de la vegetación y el remanso que se encuentra entre sus veredas, del descanso que ofrecen sus bancas y prados (véase imagen 6).



Imagen 6. Fotografía de la alameda de Monterrey en la que se aprecian las bancas como símbolo de la modernidad tecnológica del momento.

Nicolás M. Rendón, Kiosco de la Alameda Porfirio Díaz, 1910, Monterrey, Nuevo León, Fuente: en Fototeca Nacional del INAH/SINAFO/CONACULTA, Fondo Archivo General del Estado de Nuevo León, Fondo Archivo General del Estado de Nuevo

Sin decretos ni acuerdos, en una tácita aceptación de los ciudadanos regiomontanos, los nuevos pobladores llegados de San Luis Potosí, de Hermosillo o de Durango, y de cualquier otra parte del país, encuentran acogida por otros que como ellos llegaron a esa ciudad en busca de mejores oportunidades.

Los fines de semana la alameda revive su vocación y vuelve a ser escenario para familias que se apropian del paseo, disfrutando del aire libre, la vegetación, la sombra de los árboles y las actividades que el municipio pone al alcance de los usuarios para lo que, en la última remodelación, en el año 2013, se instaló un foro al aire libre y se repusieron bancas y aceras.

La revisión de la historia del espacio nacido como Nueva Alameda, que se consolidó y creció como Alameda Porfirio Díaz, y luego tomó el nombre de Mariano Escobedo que ha llevado por ya más de cien años, pone de manifiesto que su función ha sido clara y acertada como lugar de esparcimiento y encuentro, como territorio de desarrollo y conservación de plantas y árboles que han alegrado con su presencia al paseante, a la vez que han sido “pulmón” de la ciudad —en su origen como respuesta al pensamiento higienista ilustrado y en la actualidad contrarrestando los gases nocivos producidos por transportes e industrias— como aparador para innovaciones tecnológicas, así como territorio que condiciona el paseo y las actividades de los visitantes.

En cada una de sus etapas la alameda ha respondido al contexto y al momento cultural de la ciudad de Monterrey, sin embargo es durante el periodo en que se conoció como Alameda Porfirio Díaz cuando coincide con el fenómeno de creación de estos espacios públicos en todo el país, respondiendo a la política y a la necesidad socio cultural del momento, sumándose al crecimiento de las ciudades que modifican su fisonomía e incursionando en el uso de nuevos materiales y nuevas tecnologías para abrirse paso a la modernidad.

Archivos

AGENL Archivo General del Estado de Nuevo León

AGN Archivo General de la Nación

AHM Archivo Histórico de Monterrey

MMOB Mapoteca Manuel Orozco y Berra

Bibliografía

Alvarado Segovia, Francisco J., Sandra Lara Esquivel, Celso Garza Guajardo y Rogelio Velázquez de León, *Historias de nuestros barrios*, Monterrey, Gobierno del Estado de Nuevo León, 1995.

Díaz Meléndez, Adela, *Migración indígena y apropiación del espacio público en Monterrey. El caso de la Alameda*, Monterrey, Universidad de Monterrey/Centro de Estudios Históricos, 2009.

Flores Salazar, Armando V., “La modernidad en dos planos de Monterrey”, *Ciencia*, año 18, núm. 75, septiembre-octubre, 2015, Monterrey, pp. 25-32.

Garza Guajardo, Celso, *La Alameda, un sueño de Monterrey*, Facultad de Ciencias de la Comunicación de la Universidad Autónoma de Nuevo León, 1987.

Guajardo Mass, Jesús E., *Relatos y recuerdos: costumbres y tradiciones en Monterrey*, Monterrey, Universidad Autónoma de Nuevo León, 2004.

Memoria del Ayuntamiento de Monterrey, Monterrey, Imprenta del Gobierno del Estado, 1888.

Memoria del gobierno de Nuevo León, 1885-1887, Monterrey, Imprenta del Gobierno del Estado, 1887.

Saldaña, José P., *El Gral. Don Porfirio Díaz en Monterrey, 1898*, Sobetiro de Humanitas, núm. 11, Universidad de Nuevo León, 1970.

Saldaña, José P., *Historia y tradiciones de Monterrey*, Monterrey, México, Impresora Monterrey, 1942.

Section 1, Catalogue H, Fountains, Ground Basins and Basin Rims, New York, The J. L. Mott Iron Works, 1905.

Vizcaya Canales, Isidro, *Los orígenes de la industrialización de Monterrey, 1867-1920*, Monterrey, Librería Tecnológico, 1971.